

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum  Non praevalerunt

Año LIV, número 15 (2.764)

Ciudad del Vaticano

15 de abril de 2022



Dios perdona todo

El Papa lava los pies de doce presos en la cárcel de Civitavecchia

El Papa Francisco, en la tarde del Jueves Santo, fue al Nuevo Complejo Penitencial de Civitavecchia, para celebrar la misa "in Coena Domini" con los presos. Junto con los detenidos, había una representación de los agentes y del personal de la cárcel, así como algunas autoridades, entre ellos la Ministra de Justicia italiana. Después de la homilía, como es habitual, el Papa Francisco lavó los pies a 12 presos, hombres y mujeres, de diferentes edades y nacionalidades. En la homilía, el Pontífice recordó que el gesto de Jesús de lavar los pies a sus discípulos nos enseña la importancia de servirse unos a otros, sin intereses. "Qué bonito sería si esto fuera posible hacerlo todos los días y a toda la gente: pero siempre está el interés, que es como una serpiente que entra", advirtió

Francisco. Asimismo, insistió en que es importante "hacer todo sin interés: uno sirve al otro, uno es hermano del otro, uno hace crecer al otro, uno corrige al otro, y así es necesario hacer que las cosas vayan adelante". También quiso recordar que Jesús - que llamó "amigo" al traidor - perdona todo. "¡Dios perdona todo y Dios perdona siempre! Somos nosotros que nos cansamos de pedir perdón". E invitó a los presentes a "pedir perdón a Jesús" que "solamente quiere nuestra confianza de pedir perdón". Finalmente, el Papa Francisco aseguró que el gesto de lavarles los pies "lo hago con el corazón porque nosotros sacerdotes deberíamos ser los primeros en servir a los otros, no explotarlos". El clericalismo - lamentó - a veces nos lleva por este camino pero "debemos servir".

EN ESTE NÚMERO

Jueves santo: la homilía del Papa en la Misa del Crisma

Un sacerdote mundano es un pagano clericalizado

PÁGINA 2

Jueves santo: la homilía del Papa en la Misa del Crisma

Un sacerdote mundano es un pagano clericalizado

PÁGINA 3

Viernes santo «Pasión del señor» Vía Crucis presidido por el Papa Francisco

Las cruces de las familias

PÁGINAS 4-5

Sobre las meditaciones del Vía Crucis

Todos hijos todos hermanos

PÁGINA 6

Diálogo en la Biblioteca Vaticana

Las relaciones humanas son la victoria más importante

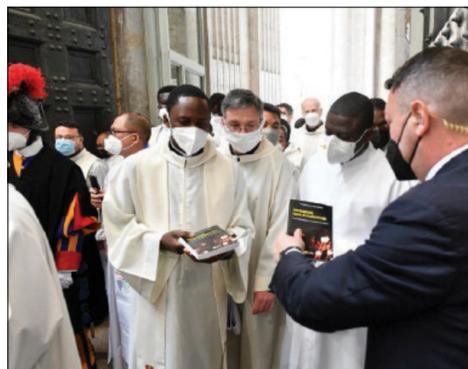
PÁGINA 7

El Pontífice dona un libro a los presbíteros

Se titula *Testigos, no funcionarios. El sacerdote dentro del cambio de época* (Libreria Editrice Vaticana, 232 páginas, 16 euros) el libro que el Papa Francisco donó la mañana del Jueves Santo a los sacerdotes de Roma, al finalizar la misa crismal. En librerías desde hace pocos días.

El autor es monseñor Francisco Javier Bustillo, desde el pasado mes de mayo obispo de Ajaccio, en Francia. Franciscano conventual, nacido en España y naturalizado francés, con estudios en Padua, monseñor Bustillo ha realizado parte de su ministerio en Lourdes.

En el texto el obispo examina el rito de la ordenación sacerdotal y lo convierte en objeto de una aguda reflexión teológica y espiritual, delineando el perfil del presbítero como hombre al servicio de cada persona en su propia búsqueda de Dios.



En este recorrido, el autor teje un denso diálogo a distancia con las meditaciones sobre el sacerdocio de Benedicto XVI y Francisco, mostrando la riqueza teológica del ministerio sacerdotal ordenado también en la sociedad occidental actual, marcada por una clara secularización.

El texto se publicó originalmente en francés en 2021 para las ediciones de *Nouvelle Cité* con el título *La vocation du prêtre face au crisis. La fidélité créatrice*.

Por la Pascua y por el 95º cumpleaños

La felicitación de Francisco a Benedicto XVI

El Papa Francisco fue al monasterio *Mater Ecclesiae*, en los Jardines vaticanos, para visitar al Papa emérito el miércoles por la tarde, 13 de abril.

El Pontífice llegó poco después de las 18 para la felicitación pascual y por el 95º cumpleaños que celebrará el sábado 16.

Después de una breve y afectuosa conversación, y después de haber rezado juntos -tal y como indicó con una comunicación a los periodistas el director de la oficina de prensa de la Santa Sede, Matteo Brunil- el Papa Francisco regresó a la Casa Santa Marta.



Foto de archivo de un encuentro precedente

La homilía de la misa del Domingo de Ramos

Hoy se vuelve a crucificar a Cristo en la locura de la guerra

Durante la celebración eucarística en el domingo de Ramos, después de la proclamación de la Pasión del Señor según Lucas, el Pontífice pronunció la homilía que publicamos a continuación.

En el Calvario se enfrentan dos mentalidades. Las palabras de Jesús crucificado en el Evangelio se contraponen, en efecto, a las de los que lo crucifican. Estos repiten un estribillo: «Sálvate a ti mismo». Lo dicen los jefes: «¡Que se salve a sí mismo si este es el Mesías de Dios, el elegido!» (Lc 23,35). Lo reafirman los soldados: «¡Si tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo!» (v. 37). Y finalmente, también uno de los malhechores, que escuchó, repite la idea: «¿Acaso no eres el Mesías? ¡Sálvate a ti mismo!» (v. 39). Salvarse a sí mismo, cuidarse a sí mismo, pensar en sí mismo; no en los demás, sino solamente en la propia salud, en el propio éxito, en los propios intereses; en el tener, en el poder, en la apariencia. Sálvate a ti mismo: es el estribillo de la humanidad que ha crucificado al Señor. Reflexionemos sobre esto.

Pero a la mentalidad del yo se opone la de Dios; el sálvate a ti mismo discuerda con el Salvador que se ofrece a sí mismo. En el Evangelio de hoy también Jesús, como sus opositores, toma la palabra tres veces en el Calvario (cf. vv. 34,43-46). Pero en ningún caso reivindica algo para sí; es más, ni siquiera se defiende o se justifica a sí mismo. Reza al Padre y ofrece misericordia al buen ladrón. Una expresión suya, en particular, marca la diferencia respecto al sálvate a ti mismo: «Padre, perdónalos» (v. 34).

Detengámonos en estas palabras. ¿Cuándo las dice el Señor? En un momento específico, durante la crucifixión, cuando siente que los clavos le perforan las muñecas y los pies. Intentemos imaginar el dolor lacertante que eso provocaba. Allí, en el dolor físico más agudo de la pasión, Cristo pide perdón por quienes lo están traspasando. En esos momentos, uno sólo quisiera gritar toda su rabia y sufrimiento; en cambio, Jesús dice: Padre, perdónalos. A diferencia de otros mártires, que son mencionados en la Biblia (cf. 2 Mac 7,18-19), no reprocha a sus verdugos ni amenaza con castigos en nombre de Dios, sino que reza por los malvados. Clavado en el patíbulo de la humillación, aumenta la intensidad del don, que se convierte en perdón.

Hermanos, hermanas, pensemos que Dios hace lo mismo con nosotros. Cuando le causamos dolor con nuestras acciones, Él sufre y tiene un solo deseo: poder perdonarnos. Para darnos cuenta de esto, contemplemos al Crucificado.



El perdón brota de sus llagas, de esas heridas dolorosas que le provocan nuestros clavos. Contemplemos a Jesús en la cruz y pensemos que nunca hemos recibido palabras más bondadosas: Padre, perdónalos. Contemplemos a Jesús en la cruz y veamos que nunca hemos recibido una mirada más tierna y compasiva. Contemplemos a Jesús en la cruz y comprendamos que nunca hemos recibido un abrazo más amoroso. Contemplemos al Crucificado y digamos: «Gracias, Jesús, me amas y me perdonas siempre, aun cuando a mí me cuesta amarme y perdonarme».

Allí, mientras es crucificado, en el momento más duro, Jesús vive su mandamiento más difícil: el amor por los enemigos. Pensemos en alguien que nos haya herido, ofendido, desilusionado; en alguien que nos haya hecho enojar, que no nos haya comprendido o no haya sido un buen ejemplo. ¡Cuánto tiempo perdemos pensando en quienes nos han hecho daño! Y también mirándonos dentro de nosotros mismos y lamiéndonos las heridas que nos han causado los otros, la vida o la historia. Hoy Jesús nos enseña a no quedarnos ahí, sino a reaccionar, a romper el círculo vicioso del mal y de las quejas, a responder a los clavos de la vida con el amor y a los golpes del odio con la caricia del perdón. Pero nosotros, discípulos de Jesús, ¿seguimos al Maestro o a nuestro instinto rencoroso? Es una pregunta que debemos hacernos: ¿seguimos al Maestro o seguimos a nuestro instinto rencoroso? Si queremos verificar nuestra pertenencia a Cristo, veamos cómo nos comportamos con quienes nos han herido. El Señor nos pide que no respondamos se-

gún nuestros impulsos o como lo hacen los demás, sino como Él lo hace con nosotros. Nos pide que rompamos la cadena del «te quiero si tú me quieres; soy tu amigo si eres mi amigo; te ayudo si me ayudas». No, compasión y misericordia para todos, porque Dios ve en cada uno a un hijo. No nos separa en buenos y malos, en amigos y enemigos. Somos nosotros los que lo hacemos, haciéndolo sufrir. Para Él todos somos hijos amados, que desea abrazar y perdonar. Y también vemos que sucede lo mismo en la invitación al banquete de bodas de su hijo. Aquel señor manda a sus criados a los cruces de los caminos y les dice: «Traigan a todos, blancos, negros, buenos y malos; a todos, sanos, enfermos; a todos...» (cf. Mt 22,9-10). El amor de Jesús es para todos, en esto no hay privilegios. Es para todos. El privilegio de cada uno de nosotros es ser amado, perdonado.

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. El Evangelio destaca que Jesús «decía» (v. 34) esto. No lo dijo una sola vez en el momento de la crucifixión, sino que pasó las horas que estuvo en la cruz con estas palabras en los labios y en el corazón. Dios no se cansa de perdonar. Debemos entender esto, pero entenderlo no sólo con la mente, sino entenderlo también con el corazón. Dios nunca se cansa de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de pedirle perdón, pero Él nunca se cansa de perdonar. Él no es que aguante hasta un cierto punto para luego cambiar de idea, como estamos tentados de hacer nosotros. Jesús —enseña el Evangelio de Lucas— vino al mundo a traernos el perdón de nuestros pecados (cf. Lc 1,77) y al final nos dio

una instrucción precisa: predicar a todos, en su nombre, el perdón de los pecados (cf. Lc 24,47). Hermanos y hermanas, no nos cansemos del perdón de Dios, ni nosotros sacerdotales de administrarlo, ni cada cristiano de recibirlo y testimoniarlo. No nos cansemos del perdón de Dios. Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Observemos algo más. Jesús no sólo implora el perdón, sino que dice también el motivo: per-

dónalos porque no saben lo que hacen. Pero, ¿cómo? Los que lo crucificaron habían premeditado su muerte, organizado su captura, los procesos, y ahora están en el Calvario para asistir a su final. Y, sin embargo, Cristo justifica a esos violentos porque no saben. Así es como Jesús se comporta con nosotros: se hace nuestro abogado. No se pone en contra de nosotros, sino de nuestra parte contra nuestro pecado. Y es interesante el argumento que utiliza: porque no saben, es aquella ignorancia del corazón que tenemos todos nosotros pecadores. Cuando se usa la violencia ya no se sabe nada de Dios, que es Padre, ni tampoco de los demás, que son hermanos. Se nos olvida porque estamos en el mundo y llegamos a cometer crueldades absurdas. Lo vemos en la locura de la guerra, donde se vuelve a crucificar a Cristo. Sí, Cristo es clavado en la cruz una vez más en las madres que lloran la muerte injusta de los maridos y de los hijos. Es crucificado en los refugiados que huyen de las bombas con los niños en brazos. Es crucificado en los ancianos que son abandonados a la muerte, en los jóvenes privados de futuro, en los soldados enviados a matar a sus hermanos. Cristo es crucificado allí, hoy.

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Muchos escuchan esta frase inaudita; pero sólo uno la acoge. Es un malhechor, crucificado junto a

Jesús. Podemos pensar que la misericordia de Cristo suscitó en él una última esperanza que lo llevó a pronunciar estas palabras: «Jesús, acuérdate de mí» (Lc 23,42). Como diciendo: «Todos se olvidaron de mí, pero tú piensas incluso en quienes te crucifican. Contigo, entonces, también hay lugar para mí». El buen ladrón acoge a Dios mientras su vida está por terminar, y así su vida empieza de nuevo; en el infierno del mundo ve abrirse el paraíso: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (v. 43). Este es el prodigio del perdón de Dios, que transforma la última petición de un condenado a muerte en la primera canonización de la historia.

Hermanos, hermanas, en esta semana acojamos la certeza de que Dios puede perdonar todo pecado. Dios perdona a todos, puede perdonar toda distancia, y puede cambiar todo lamento en danza (cf. Sal 30,12); la certeza de que con Cristo siempre hay un lugar para cada uno; de que con Jesús nunca es el fin, nunca es demasiado tarde. Con Dios siempre se puede volver a vivir. Animo, caminemos hacia la Pascua con su perdón. Porque Cristo intercede continuamente ante el Padre por nosotros (cf. Hb 7,25) y, mirando nuestro mundo violento, nuestro mundo herido, no se cansa nunca de repetir y nosotros lo hacemos ahora con el corazón, en silencio, de repetir: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

El llamamiento por Ucrania en el Ángelus

Una tregua pascual no para recargar las armas sino para llegar a la paz

Una tregua pascual para llegar a la paz en Ucrania: lo pidió el Papa Francisco en el Ángelus recitado en el atrio de la Basílica vaticana al finalizar la misa del domingo de Ramos y de la Pasión del Señor celebrada el 10 de abril en presencia de sesenta y cinco mil fieles reunidos en la plaza de San Pedro. Publicamos a continuación las palabras del Pontífice antes de la oración mariana, con las que expresó cercanía a los peruanos que viven un momento de tensión social.

¡Queridos hermanos y hermanas!

Antes de finalizar esta celebración, deseo saludar a todos vosotros, en particular a los peregrinos venidos de diferentes países, entre los cuales numerosos jóvenes. A todos, también a los que están conectados a través de los medios de comunicación, ¡deseo una feliz Semana Santa!

Estoy cerca del querido pueblo de Perú, que está atravesando un momento difícil de tensión social. Os acompaño con la oración y animo a todas las partes a encontrar lo antes posible una solución pacífica por el bien del país, especialmente de los más pobres, en el respeto de los derechos de todos y de las instituciones. Dentro de poco nos dirigiremos a la Virgen en la oración del Ángelus. Fue precisamente el ángel del Señor que, en la Anunciación, dijo a María: «porque ninguna cosa

es imposible para Dios» (Lc 1,37). Nada es imposible para Dios. Tampoco hacer cesar una guerra de la que no se ve el final. Una guerra que cada día nos pone delante de los ojos masacres feroces y crueldades atroces cometidas contra civiles indefensos. Recemos por esto.

Estamos en los días que preceden a la Pascua. Nos estamos preparando para celebrar la victoria del Señor Jesucristo sobre el pecado y sobre la muerte. Sobre el pecado y sobre la muerte, no sobre alguno o contra algún otro. Pero hoy hay guerra. ¿Por qué se quiere vencer así, a la manera del mundo? Así solamente se pierde. ¿Por qué no dejar que venza Él? Cristo ha llevado la cruz para liberarnos del dominio del mal. Ha muerto para que reinen la vida, el amor, la paz.

¡Se depongan las armas! Se inicie una tregua pascual; pero no para recargar las armas y volver a combatir, ¡no!, una tregua para llegar a la paz, a través de una verdadera negociación, dispuestos también a algún sacrificio por el bien de la gente. De hecho, ¿qué victoria será esa que plante una bandera sobre un cúmulo de escombros?

Nada es imposible para Dios. Nos encomendamos a Él, por intercesión de la Virgen María.

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicusque suum Non praecedunt

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.orr@spc.va
www.osservatoreromano.va

ANDREA MONDA
director

Silvina Pérez
jefe de la edición

Redacción
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma
teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico
publicazioni.photo@spc.va

Publicidad: Il Sole 24 Ore S.p.A.
System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa 91, 20149 Milano
segreteria@direzioneromano.com

Tarifas de suscripción: Italia - Vaticano: € 58,00; Europa (España + IVA): € 100,00 - \$ 148,00; América Latina, África, Asia: € 110,00 - \$ 160,00; América del Norte, Oceanía: € 162,00 - \$ 240,00. Administración: 00120 Ciudad del Vaticano, teléfono + 39 06 698 45450/45451/45454, fax + 39 06 698 45456, e-mail: ingo.orr@spc.va - diffusione.orr@spc.va

En México: Arquidiócesis primada de México. Dirección de Comunicación Social. San Juan de Dios, 222-C. Col. Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370. Del. Tlalpan. México, D.F.; teléfono + 52 55 2652 99 55; fax + 52 55 5518 75 31; e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx

En Perú: Editorial salesiana, Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú; teléfono + 51 42 377 82; fax + 51 431 67 82; e-mail: editorial@salesianos.edu.pe

Jueves santo: la homilía del Papa en la Misa del Crisma

Un sacerdote mundano es un pagano clericalizado

En la mañana del 14 de abril, el Papa Francisco celebró en la basílica vaticana la misa crismal en el Jueves santo, pronunciando la homilía que publicamos a continuación.

En la lectura del profeta Isaías que hemos escuchado, el Señor hace una promesa esperanzadora que nos toca de cerca: «Ustedes serán llamados sacerdotes del Señor, y se les dirá ministros de nuestro Dios. [...] Yo les daré con fidelidad su recompensa y sellaré con ellos una alianza eterna» (61,6.8). Ser sacerdotes es, queridos hermanos, una gracia, una gracia muy grande que no es en primer lugar una gracia para nosotros, sino para la gente [1]; y para nuestro pueblo es un gran don el hecho de que el Señor elija, de entre su rebaño, a algunos que se ocupen de sus ovejas de manera exclusiva, siendo padres y pastores. El Señor mismo es quien paga el salario del sacerdote: «Yo les daré con fidelidad su recompensa» (Is 61,8). Y Él, lo sabemos, es buen pagador, aunque tenga sus particularidades, como la de pagar primero a los últimos y después a los primeros. Ese es su estilo.

La lectura del libro del Apocalipsis nos dice cuál es el salario del Señor. Es su Amor y el perdón incondicional de nuestros pecados a precio de su sangre derramada en la Cruz: «Al que nos sigue amando y liberando de nuestros pecados por medio de su sangre e hizo de nosotros su reino y sacerdotes para su Dios y Padre» (1,5-6). No hay salario mayor que la amistad



cernir: «Helo aquí que viene con las nubes y todo ojo lo verá, también los ojos de los que lo traspasaron, y por Él todas las tribus de la tierra se golpearán el pecho» (1,7). La gracia final, cuando vuelva el Señor resucitado, será la de un reconocimiento inmediato: lo veremos traspasado, reconoceremos quién es Él y quiénes nosotros, pecadores; sin más.

“Fijar los ojos en Jesús” es una gracia que, como sacerdotes, debemos cultivar. Al terminar el día hace bien mirar al Señor y que Él nos mire el corazón, junto con el corazón de la gente con la que nos encontramos. No se trata de contabilizar los pecados, sino de una contemplación amorosa en la que mira-

fuera exclusivo, se nos mete el diablo agregando un componente muy maligno: hace que no sólo nos “complazcamos” a nosotros mismos dando rienda suelta a una pasión o cultivando otra, sino que también nos lleva a reemplazar con ellos, con esos ídolos escondidos, la presencia de las divinas personas, la presencia del Padre, del Hijo y del Espíritu, que moran en nuestro interior. Es algo que se da de hecho. Aunque uno se diga a sí mismo que distingue perfectamente lo que es un ídolo y quién es Dios, en la práctica le vamos quitando espacio a la Trinidad y dándole al demonio, en una especie de adoración indirecta: la de quien lo esconde, pero escucha sus discurs-

os suficientes para mostrarse que es nuestro verdadero señor y que todavía se sienta dios en nuestra vida y corazón.

Dicho esto, quisiera compartir con ustedes, en esta Misa crismal, tres espacios de idolatría escondida en los que el Maligno utiliza sus ídolos para depotenciarnos de nuestra vocación de pastores e ir apartándonos de la presencia benéfica y amorosa de Jesús, del Espíritu y del Padre.

Un primer espacio de idolatría escondida se abre donde hay mundanidad espiritual que es «una propuesta de vida, es una cultura, una cultura de lo efímero, una cultura de la apariencia, una cultura del maquillaje» [3]. Su criterio es el triunfalismo, un triunfalismo sin Cruz. Y Jesús reza para que el Padre nos defienda de esta cultura de la mundanidad. Esta tentación de una gloria sin Cruz va contra la persona del Señor, va contra Jesús que se humilla en la Encarnación y que, como signo de contradicción, es la única medicina contra todo ídolo. Ser pobre con Cristo pobre y “porque Cristo eligió la pobreza” es la lógica del Amor y no otra. En el pasaje evangélico de hoy vemos cómo el Señor se sitúa en su humilde capilla y en su pequeño pueblo, el de toda la vida, para hacer el mismo Anuncio que hará al final de la historia, cuando venga en su Gloria, rodeado de sus ángeles. Y nuestros ojos tienen que estar fijos en Cristo, en el aquí y ahora de la historia de Jesús conmigo, como lo estarán entonces. La mundanidad de andar buscando la propia gloria nos roba la presencia de Jesús humilde y humillado, Señor cercano a todos, Cristo doloroso con todos los que sufren, adorado por nuestro pueblo que sabe quiénes son sus verdaderos amigos. Un sacerdote mundano no es otra cosa que un pagano clericalizado. Un sacerdote mundano no es más que un pagano clericalizado.

Otro espacio de idolatría escondida echa sus raíces allí donde se da la primacía al pragmatismo de los números. Los que tienen este ídolo escondido se reconocen por su amor a las estadísticas, esas que pueden borrar todo rasgo personal en la discusión y dar la preeminencia a las mayorías que, en definitiva, pasan a ser el criterio de discernimiento, y eso está mal. Éste no puede ser el único modo de proceder ni el único criterio en la Iglesia de Cristo. Las personas no se pueden “nume-

rar”, y Dios no da el Espíritu “con medida” (cf. Jn 3,34). En esta fascinación por los números, en realidad, nos buscamos a nosotros mismos y nos complacemos en el control que nos da esta lógica, que no tiene rostros y que no es la del amor, sino que ama los números. Una característica de los grandes santos es que saben retraerse de tal manera que le dejan todo el lugar a Dios. Este retraimiento, este olvido de sí y deseo de ser olvidado por todos los demás, es lo característico del Espíritu, el cual carece de imagen, el Espíritu no tiene imagen propia simplemente porque es todo Amor que hace brillar la imagen del Hijo y en ella la del Padre. El reemplazo de su Persona, que ya de por sí ama “no aparecer”, porque carece de imagen es lo que busca el ídolo de los números, que hace que todo “aparezca” aunque de modo abstracto y contabilizado, sin encarnación.

Un tercer espacio de idolatría escondida, hermanado con el anterior, es el que se abre con el funcionalismo, un ámbito seductor en el que muchos, “más que con la ruta se entusiasman con la hoja de ruta”. La mentalidad funcionalista no tolera el misterio, va a la eficacia. De a poco, este ídolo va sustituyendo en nosotros la presencia del Padre. El primer ídolo sustituye la presencia del Hijo, el segundo ídolo, la del Espíritu, y este, la presencia del Padre. Nuestro Padre es el Creador, pero no uno que hace “funcionar” las cosas solamente, sino Uno que “crea” como Padre, con ternura, haciéndose cargo de sus creaturas y trabajando para que el hombre sea más libre. El funcionalista no sabe gozar con las gracias que el Espíritu derrama en su pueblo, de las que podría “alimentarse” también como trabajador que se gana su salario. El sacerdote con mentalidad funcionalista tiene su propio alimento, que es su ego. En el funcionalismo, dejamos de lado la adoración al Padre en la pequeñas y grandes cosas de nuestra vida y nos complacemos en la eficacia de nuestros planes. Como hizo David cuando, tentado por Satanás (cf. 1 Cro 21,1) se encaprichó en realizar el censo. Estos son lo que están enamorados de la hoja de ruta, del itinerario, pero no del camino.

En estos dos últimos espacios de idolatría escondida (pragmatismo de los números y funcionalismo) reemplazamos la

esperanza, que es el espacio del encuentro con Dios, por la constatación empírica. Es una actitud de vanagloria por parte del pastor, una actitud que desintegra la unión de su pueblo con Dios y plasma un nuevo ídolo basado en números y planes: el ídolo de «mi poder, nuestro poder» [4]. Nuestro programa, nuestros números, nuestros planes pastorales. Esconder estos ídolos (con la actitud de Raquel) y no saber desmascararlos en la propia vida cotidiana, lastima la fidelidad de nuestra alianza sacerdotal y entibia nuestra relación personal con el Señor. A lo mejor alguno podría estar pensando, pero ¿qué es lo que quiere este Obispo que hoy, en lugar de hablarnos de Jesús, nos habla de los ídolos?

Queridos hermanos, Jesús es el único camino para no equivocarnos en saber qué sentimos, a qué nos conduce nuestro corazón. Él es el único camino para discernir bien, confrontándonos con Él, cada día, como si también hoy se hubiera sentado en nuestra iglesia parroquial y nos dijera que hoy se ha cumplido todo lo que acabamos de escuchar. Jesucristo, siendo signo de contradicción —que no siempre es algo cruento ni duro, ya que la misericordia es signo de contradicción y mucho más lo es la ternura—, Jesucristo, digo, hace que se revelen estos ídolos, que se vea su presencia, sus raíces y su funcionamiento, y así el Señor los pueda destruir, y ésta es la propuesta: dar espacio para que el Señor pueda destruir nuestros ídolos escondidos. Y debemos recordarlos, estar atentos, para que no renazca la cizaña de esos ídolos que supimos esconder entre los pliegues de nuestro corazón.

Y quisiera concluir pidiéndole a san José, padre castísimo y sin ídolos escondidos, que nos libre de todo afán de posesión, ya que este, el afán de posesión, es la tierra fecunda en la que crecen los ídolos. Y que no claudicar en la ardua tarea de discernir estos ídolos que, con tanta frecuencia, escondemos o se esconden. Y también le pedimos a san José que allí donde dudamos acerca de cómo hacer las cosas mejor, interceda por nosotros para que el Espíritu nos ilumine el juicio, como iluminó el suyo cuando estuvo tentado de dejar “en secreto” (*athra*) a María, de modo tal que, con nobleza de corazón, sepamos supeditar a la caridad lo aprendido por ley [5].

[1] Porque el sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio común. El Señor elige a algunos para «desempeñar públicamente, en nombre de Cristo, la función sacerdotal en favor de los hombres» (Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, 2; cf. Const. dogm. *Lumen gentium*, 10). «Pues los ministros que poseen la sacra potestad están al servicio de sus hermanos» (Const. dogm. *Lumen gentium*, 18).

[2] Cf. Catequesis en la Audiencia general (1 agosto 2018).

[3] Homilía durante la Misa, *Domus Sanctae Marthae* (16 mayo 2020).

[4] J.M. Bergoglio, *Meditaciones para religiosos*, Bilbao, Mensajero 2014, 145.

[5] Cf. Carta ap. *Patris corde*, 4, nota 18.



con Jesús, y esto no debemos olvidarlo. No hay paz más grande que su perdón y esto lo sabemos todos. No hay precio más costoso que el de su Sangre preciosa, que no debemos permitir que se desprecie con una conducta que no sea digna.

Si leemos con el corazón, queridos hermanos sacerdotes, estas son invitaciones del Señor a que le seamos fieles, a ser fieles a su Alianza, a dejarnos amar, a dejarnos perdonar; no sólo son invitaciones para nosotros mismos, sino también para poder así servir, con una conciencia limpia, al santo pueblo fiel de Dios. La gente se lo merece e incluso lo necesita. El evangelio de Lucas nos dice que, luego de que Jesús leyó el pasaje del profeta Isaías delante de su gente y se sentó, «los ojos de todos estaban fijos en Él» (4,20). También el Apocalipsis nos habla hoy de ojos fijos en Jesús, de esta atracción irresistible del Señor crucificado y resucitado que nos lleva a adorar y a dis-

mos nuestra jornada con la mirada de Jesús y vemos así las gracias del día, los dones y todo lo que ha hecho por nosotros, para agradecer. Y le mostramos también nuestras tentaciones, para discernirlas y rechazarlas. Como vemos, se trata de entender qué le agrada al Señor y qué desea de nosotros aquí y ahora, en nuestra historia actual. Y quizá, si sostenemos su mirada bondadosa, de parte suya habrá también una señal para que le mostremos nuestros ídolos. Esos ídolos que, como Raquel, escondimos bajo los pliegues de nuestro poncho (cf. Gn 31,34-35). Dejar que el Señor mire nuestros ídolos escondidos todos los tenemos, ¡sin excepción! Y dejar que el Señor mire a esos ídolos escondidos nos hace fuertes frente a ellos y les quita su poder. La mirada del Señor nos hace ver que, en realidad, en ellos nos glorificamos a nosotros mismos [2], porque allí, en ese espacio que vivimos como si

mos y consume sus productos todo el tiempo, de manera tal que al final no queda ni un ratico para Dios. Porque él es así, avanza lentamente. Otra vez me referí a los demonios “educados”, de los que Jesús dice que son peores del que fue expulsado antes. Sí, son “educados”, tocan el timbre, entran y poco a poco toman posesión de la casa. Hay que estar atentos, porque estos son nuestros ídolos.

Es que los ídolos tienen algo —un elemento— personal. Al no desmascararlos, al no dejar que Jesús nos haga ver que en ellos nos estamos buscando mal a nosotros mismos sin necesidad, y que dejamos un espacio en el que se mete el Maligno. Debemos recordar que el demonio exige que hagamos su voluntad y le sirvamos, pero no siempre requiere que le sirvamos y adoremos continuamente, no, sabe cómo moverse, es un gran diplomático. Recibir la adoración de vez en cuando le

EL VIA CRUCIS PRESIDIDO POR EL PAPA EN EL COLISEO LA TARDE DEL VIERNES SANTO

Viernes santo «Pasión del Señor» Vía Crucis presidido por el Papa Francisco

Las cruces de las familias

Meditaciones y oraciones preparadas por

- I una pareja de esposos jóvenes
- II una familia en misión
- III unos esposos ancianos sin hijos
- IV una familia numerosa
- V una familia con un hijo con discapacidad
- VI una familia que coordina un hogar de acogida
- VII una familia con la madre enferma
- VIII una pareja de abuelos
- IX una familia adoptiva
- X una viuda con hijos
- XI una familia con un hijo consagrado
- XII una familia que ha perdido una hija
- XIII una familia ucraniana y una familia rusa
- XIV una familia de migrantes

Oración de inicio

Señor Jesús, en este día consagrado por tu Pasión elevamos nuestras voces a Ti, confiados en que nos escuchas.

Te bendecimos porque eres para nosotros fuente de vida, tomas sobre ti nuestros sufrimientos, y con tu santa cruz redimiste al mundo.

Creemos que tus heridas nos han curado, que no nos dejas solos en la hora de la prueba y que tu Evangelio es sabiduría verdadera.

Reconocemos tu cuerpo martirizado en muchos de nuestros hermanos y hermanas, la violencia que sufriste en quien es perseguido, y tu abandono en el suplicio de quien es asesinado.

Tú, que quisiste vivir en una familia, mira compasivo a nuestras familias, acoge sus oraciones, atiende sus gemidos, bendice sus propósitos, acompaña su camino, sostenlas en sus dudas, consueta sus afectos heridos, infúndeles la valentía de amar, concédeles la gracia del perdón y haz que estén abiertas a las necesidades de los demás.

Señor Jesús, Tú que eres el Crucificado Resucitado, haz que no nos dejemos robar la esperanza de una nueva humanidad, de los cielos nuevos y la tierra nueva, donde enjugarás toda lágrima de nuestros ojos y no habrá ni llanto ni dolor, porque lo antiguo ha pasado y seremos una gran familia en tu casa de amor y paz.

I ESTACIÓN

La agonía de Jesús en el Huerto de los Olivos

Cuando llegaron a un lugar llamado Getsemaní, Jesús dijo a sus discípulos: «Siéntense aquí mientras voy a orar». Se llevó consigo a Pedro, Santiago y Juan, y comenzó a sentir temor y angustia. Entonces les dijo: «¡Me muero de tristeza! Quédense aquí y vigilen». Y, alejándose un poco, se postró en tierra y oraba pidiendo que, si fuera posible, no tuviera que pasar por aquella hora. Decía: «¡Abbá, Padre, tú lo puedes todo! Aparta de mí esta copa, pero que no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú». (Mc 14,32-36)

Aquí estamos. Nos casamos hace apenas dos años. Nuestro matrimonio todavía no ha sido probado por demasiadas tormentas. Llegó la

pandemia que complicó un poco todo, pero somos felices. Parece que estamos viviendo una larga luna de miel, a pesar de las discusiones cotidianas y de nuestras diferencias. Aun así, muchas veces tenemos miedo. Cuando pensamos en las parejas de amigos que fracasaron. Cuando leemos en los periódicos que aumentan las rupturas. Cuando nos dicen que seguramente nos separaremos porque así va el mundo, se trata de una cuestión de estadística. Cuando nos sentimos solos porque no nos entendemos. Cuando llegamos con dificultad a fin de mes. Cuando nos encontramos bajo un mismo techo como dos extraños. Cuando nos despertamos de noche y sentimos en el corazón el peso y la angustia de nuestra "orfandad". Porque nos olvidamos que somos hijos. Porque creemos que nuestro matrimonio y nuestra familia dependen sólo de nosotros, de nuestras fuerzas. Nos estamos dando cuenta de que el matrimonio no es sólo una aventura romántica, sino que también es un Getsemaní, es experimentar la angustia antes de partir tu propio cuerpo por el otro.

Señor Jesús, que entre olivos apacibles aceptaste rezando sufrir por nosotros hasta la muerte, y muerte de cruz, te pedimos por los esposos jóvenes, ayúdalos a afrontar las dificultades unidos a ti y a todos nosotros concédenos permanecer contigo en la hora de la prueba. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

II ESTACIÓN

Jesús es traicionado por Judas y abandonado por los suyos

Cuando Jesús todavía estaba hablando llegó Judas, uno de los Doce, acompañado de una gran multitud. De inmediato se acercó a Jesús y le dijo: «¡Te saludo, Maestro!». Y lo besó. Jesús le respondió: «Amigo, ¿hasta dónde has llegado!». Entonces ellos se acercaron, se abalanzaron sobre Jesús y lo arrestaron. En eso, uno de los que estaban con Jesús tomó su espada, la desenvainó e hirió al servidor del Sumo Sacerdote, cortándole la oreja (Lc 22,47-50). Jesús, entonces, lo reprendió: «¡Vuelve tu espada a su lugar!, pues todos los que empuñan espada, a espada morirán». Entonces todos los discípulos lo abandonaron y huyeron. (Mt 26,52-56)

Señor, partimos para la misión hace casi diez años, porque no era suficiente ser felices, queríamos dar nuestra vida para que otros experimentaran esa misma alegría. Queríamos mostrar el amor de Cristo también a quienes no lo conocían, no importaba dónde. La vida de comunidad y las actividades de cada día nos ayudan a educar a los hijos con una visión abierta de la vida y del mundo. Pero no es fácil; no escondemos la angustia y el miedo de que nuestra familia lleve una vida precaria, lejos de nuestro país. A todo esto, se agrega el terror de la guerra tan dramáticamente actual en estos meses. No es sencillo vivir sólo de fe y de caridad, porque a menudo no logramos confiar plenamente en la Providencia. Y a veces, ante el dolor y el sufrimiento de una madre que muere en el parto y, por si fuera poco, bajo las bombas, o de una familia destruida por la guerra o por la carestía y los abusos, viene la tentación de responder con la espada, de huir, de abandonarte, de dejar todo pensando que no vale la pena. Pero sería traicionar a nuestros hermanos más pobres, que son tu carne en el mundo y que nos recuerdan que Tú eres el Viente.

Señor Jesús, que recibiste con amor

el beso traidor de Judas, te suplicamos que concedas a las familias en misión la valentía de testimoniar tu Evangelio y a todos nosotros poder responder al mal con el bien, para ser constructores de paz y reconciliación. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

III ESTACIÓN

Jesús es condenado por el Sanedrín

Los sumos sacerdotes y el Sanedrín en pleno buscaban algún testimonio contra Jesús que permitiera condenarlo a muerte, pero no lo encontraban. El Sumo Sacerdote de nuevo lo interrogó: «¿Eres Tú el Mesías, el Hijo de Dios bendito?». «Yo soy», contestó Jesús. Y todos juzgaron que merecía la muerte. (Mc 14,55-61-62.64)

Fuimos novios pocos meses, después la vida nos separó largo tiempo, haciéndonos experimentar cómo duelen los cálidos latidos de los corazones que están lejos. Y cuando nos volvimos a encontrar nos casamos inmediatamente, con la prisa de quien ya había esperado y temido bastante. Dejamos nuestros hogares de origen para crear uno que fuera nuestro. Comenzamos a recorrer nuestro camino de esposos, llenos de proyectos y también de ilusiones de la juventud. Después la vida puso al descubierto nuestra fragilidad, despojándonos al mismo tiempo de nuestras expectativas y llevándonos por una senda muchas veces escarpada, en cuya cima nos encontramos cara a cara con la imposibilidad de ser padres, experimentando a menudo con dolor muchos juicios sobre nuestra esterilidad. "¿Cómo es que no tenéis hijos?", nos preguntaron miles de veces, como insinuando que nuestro matrimonio y nuestro amor no eran suficientes para ser una familia. Cuántas miradas poco comprensivas tuvimos que digerir. Pero seguimos caminando cada día tomados de la mano, haciéndonos cargo, juntos, de una comunidad de hermanos y amigos que, entre soledades y ternuras, con el tiempo se convirtió en casa y familia.

Señor Jesús, que fuiste condenado injustamente, te suplicamos que concedas a los esposos sin hijos poder caminar tomados de la mano, viviendo en plenitud el Sacramento del amor conyugal, y a todos nosotros poder vivir las adversidades con suave firmeza. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

IV ESTACIÓN

Jesús es negado por Pedro

Mientras Pedro estaba abajo, en el patio interior, llegó una de las criadas del Sumo Sacerdote. Al ver a Pedro calentándose junto al fuego lo reconoció y le dijo: «¡Tú también estabas con Jesús de Nazaret!». Pero él lo negó diciendo: «¡No sé ni entiendo de qué hablas!». Y salió afuera, a la entrada del palacio, y cantó un gallo. De inmediato cantó un gallo por segunda vez. Pedro se acordó de lo que Jesús le había dicho: «Antes de que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres». Y se puso a llorar. (Mc 14,66-68.72)

Cuando nos casamos creíamos que no podíamos tener hijos. Después, en el viaje de bodas, llegó el primero, y nos cambió la vida. Teníamos proyectado ir más despacio, realizarnos en el trabajo, viajar, tratar de vivir al menos un po-



co como novios eternos. Y, en cambio, mientras todavía incrédulos experimentábamos la belleza de este regalo, llegó el segundo hijo: una niña. Y así, pensándolo hoy, llegaron también los otros, casi sin darnos cuenta. ¿Y nuestros sueños? Modelados por los acontecimientos. ¿Nuestra realización profesional? Modificada por la imperiosa realidad de la vida. Y después el miedo de que podamos un día renegar de todo, como Pedro; la angustia y la tentación del remordimiento ante un nuevo gasto imprevisto, la preocupación por las tensiones con los hijos adolescentes. Los viejos deseos dieron paso a nuestra familia. Es verdad que no es fácil, pero de este modo es infinitamente más hermoso. Y a pesar de las preocupaciones y la densidad de nuestros días, que parece que jamás alcanzan, nunca volveríamos atrás.

Señor Jesús, que abres los brazos a quien invoca el perdón, te suplicamos que concedas a las familias numerosas poder superar con alegría cada dificultad y a todos nosotros poder levantarnos siempre después de una caída. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

V ESTACIÓN

Jesús es juzgado por Pilatos

Pilato otra vez les preguntó: «¿Y qué quieren que haga



Las ilustraciones del libreto del Via Crucis están extraídas de dos manuscritos del siglo XV de la Biblioteca Apostólica Vaticana: un libro de meditaciones sobre la Pasión y un libro de las Horas: el «*Vat. lat. 9206*» y el «*Ott. lat. 2919*»

la vida en toda circunstancia.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

VI ESTACIÓN

Jesús es flagelado y coronado de espinas

Pilato, después de hacer azotar a Jesús, lo entregó para que lo crucificaran. Lo vistieron con un manto de color púrpura, trenzaron una corona de espinas y se la pusieron. Luego comenzaron a saludarlo: «¡Salve, rey de los judíos!». Y le golpeaban la cabeza con una caña, lo escupían y le rendían homenaje poniéndose de rodillas. (Mc 15,15-17-19)

Nuestra casa es grande, no sólo en términos de espacio, sino sobre todo por la riqueza humana que allí habita. Nunca, desde el comienzo del matrimonio, fuimos sólo dos. Nuestra vocación de acoger el dolor fue y sigue siendo aún ahora —con 42 años de matrimonio, tres hijos naturales, nueve nietos y cinco hijos adoptivos no autosuficientes y con graves dificultades psíquicas— todo lo contrario a triste. No merecemos que la vida nos bendiga tanto. Para el que cree que no es humano dejar solo al que sufre, el Espíritu Santo mueve en el interior la voluntad de actuar y de no permanecer indiferentes, ajenos. El dolor nos ha cambiado. El dolor nos hace volver a lo esencial, ordena las prioridades de la vida y devuelve la sencillez de la dignidad humana en cuanto tal. En la “vía dolorosa” de tantos flagelados y crucificados, junto a ellos, bajo el peso de sus cruces, descubrimos que el verdadero rey es aquel que se entrega y se da como alimento, en alma y cuerpo.

Señor Jesús,
que padeciste dolor y desprecio,
te suplicamos que concedas a nuestras familias aprender a acoger a quien está herido y a todos nosotros hacernos cargo y aliviar el dolor de los demás.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

VII ESTACIÓN

Jesús es cargado con la cruz. Después de burlarse de Jesús le quitaron el manto de color púrpura, lo vistieron con su ropa y lo sacaron para crucificarlo. (Mc 15,20)

Una mañana como tantas mi mujer se desmayó dos veces. La carrera al hospital y el descubrimiento de una enfermedad que en su cabeza ya estaba insinuando el veneno. La operación, la rehabilitación, los cuidados; y hoy una cotidianidad completamente nueva para todos nosotros. El Señor nos habla a través de acontecimientos que no siempre comprendemos y nos conduce de la mano para que demos lo mejor de nosotros mismos. Ella tenía un rol, una posición, una “apariencia”, y se encontró completamente diferente. Desnuda, indefensa, crucificada. Y yo con ella. A través de esta enfermedad, con esta cruz, nos convertimos en el pilar donde los hijos saben que pueden apoyarse. Antes no era así. Casi podría decir que hoy, con los ojos penetrantes en su glabro dolor, es plenamente madre y mujer. Sin adornos, en la esencialidad de una vida nueva y más difícil. Estar bloqueados, inmovilizados por un pensamiento punzante, me obliga sobre todo a mí, que era tan obstinadamente orgulloso, a descubrir qué maravilloso don son las otras familias, las que intentan hacerte reír, te ayudan en la cocina, acompañan a tus hijos a catequesis, te escuchan, te entienden con una mirada, y, aun teniendo situaciones tanto o más complicadas todavía, se preocupan constantemente por ti. Señor Jesús,
que convertiste el patíbulo de muerte en fuente inagotable de vida,
te suplicamos,
haz que los hijos cuiden de sus padres asistiéndolos con gratitud,
y a todos nosotros que aprendamos de Ti la alegría de amar y entregarse generosamente. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

con el que ustedes llaman “el rey de los judíos”?». Ellos contestaron a gritos: «¡Crucifícalo!». Pilato les replicó: «Pero, ¿qué mal ha hecho?». Sin embargo, ellos gritaban aún más fuerte: «¡Crucifícalo!». Entonces Pilato, para complacer a la gente, dejó en libertad a Barrabás y a Jesús, en cambio, después de hacerlo azotar, lo entregó para que lo crucificaran. (Mc 15,12-15)

Nuestro hijo ya fue juzgado desde antes de venir al mundo. Encontramos médicos que cuidaron de su vida antes de nacer, y médicos que con toda claridad nos habían hecho entender que era mejor que no naciera. Y cuando elegimos la vida, también nosotros fuimos objeto de juicio: “Va a ser un peso para vosotros y para la sociedad”, nos dijeron. “Crucifícalo”. Y, sin embargo, no había cometido ningún mal. Cuántas veces el juicio del mundo es precipitado y superficial, y nos hace sufrir incluso con una mirada. Cargamos sobre nosotros la vergüenza de una diversidad que con frecuencia es más compadecida que acompañada. La discapacidad no es un alarde ni una etiqueta, sino más bien la apariencia de un alma que con frecuencia prefiere callar frente a los juicios injustos, no por vergüenza sino por misericordia hacia el que juzga. Pero, en realidad, la discapacidad es una condición, no una característica, y el alma, gracias a Dios, no conoce barreras. Señor Jesús,
que fuiste juzgado por lógicas mundanas,
te suplicamos que concedas
a las familias con hijos que sufren alivio en las dificultades
y a nosotros poder elegir, proteger y amar

VIII ESTACIÓN

Jesús es ayudado por el Cireneo a cargar la cruz

Quando se llevaban a Jesús detuvieron a un hombre de Cirene, llamado Simón, que volvía del campo, y lo obligaron a cargar la cruz para que la llevara detrás de Jesús. (Lc 23,26)

Nos jubilamos hace dos años y, justo cuando comenzábamos a imaginar cómo gastaríamos las energías recuperadas, nos llegó la noticia del despido de nuestro yerno. Durante la pandemia asistimos indefensos a la crisis del matrimonio de nuestra hija mayor. Los nietos empezaron a inundar de vitalidad y confusión nuestra casa, como no ocurría desde que eran pequeños nuestros tres hijos, y esto ya no sólo los domingos. Pusimos en el coche un portabebés y compramos una pizarra para escribir los compromisos de nuestros cinco nietos, sin correr el riesgo de olvidarnos de algo. Nuestros músculos ya no son los de antes, pero el bagaje de experiencias nos hace más dóciles a la vida respecto a cuando teníamos la fuerza de correr. La cruz de la precariedad de las familias y del trabajo nos preocupa. Y hoy, que naturalmente nos sentiríamos inclinados a ocuparnos de nuestros cansancios y del innegable miedo a la muerte, nos vemos cargados con una cruz inesperada, puesta sobre nuestras espaldas a pesar nuestro. El paso a menudo se hace lento y en la noche, después de haber sonreído, nos encontramos llorando de compasión. Pero ser “oxígeno” para las familias de nuestros hijos es un don que nos vuelve a llevar a las emociones que experimentábamos cuando eran pequeños. Nunca se deja de ser mamá y papá.

Señor Jesús,
que nos llamas a llevar las cargas los unos de los otros,
te suplicamos que concedas a nuestras familias saber compartir las alegrías y las dificultades, y a todos nosotros crecer en fraternidad activa.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

IX ESTACIÓN

Jesús encuentra a las mujeres de Jerusalén

Seguía a Jesús una gran multitud del pueblo y de mujeres que lloraban y se lamentaban por él. Pero Jesús, volviéndose a ellas, les dijo: «¡Mujeres de Jerusalén, no lloren por mí! Lloren más bien por ustedes y por sus hijos». (Lc 23,27-28)

Ahora somos cuatro. Durante largos años fuimos dos, y tuvimos que afrontar la cruz de la soledad y la gestación de una paternidad diferente a como siempre la habíamos imaginado. La adopción es la historia de una vida marcada por el abandono, que es sanada gracias a una acogida. Pero el abandono es una herida que sangra siempre. Y la adopción es una cruz que padres e hijos cargan juntos sobre las espaldas, soportándola, tratando de aliviar su dolor y también amándola, en cuanto forma parte de la historia del hijo. Pero duele ver a un hijo que sufre por su pasado, hace daño intentar amarlo sin lograr rasguñar mínimamente su dolor. Nos adoptamos mutuamente. Y no hay un día en el que no nos levantemos pensando que ha valido la pena; que todo este esfuerzo no ha sido en vano; que esta cruz, aun cuando sea dolorosa, esconde un secreto de felicidad.

Señor Jesús,
que te encaminaste hacia la cruz con los ojos abiertos y el corazón dispuesto,
te suplicamos que concedas a los padres y a sus hijos adoptivos crecer juntos como familias acogedoras y a todos nosotros contribuir a la alegría del prójimo.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

X ESTACIÓN

Jesús es crucificado

Quando llegaron al lugar llamado «La Calavera», crucificaron a Jesús y a los dos malhechores, uno a su derecha y otro a su izquierda. Jesús decía: «Padre, perdónalos, no saben lo que hacen». Después hicieron un sorteo y se repartieron sus ropas. El pueblo estaba contemplando. Los jefes se burlaban y le decían: «¡Salvó a otros! ¡Que se salve a sí mismo si este es el Mesías de Dios, el elegido!». Los soldados también se burlaban de él y, acercándose para ofrecerle vinagre, le decían: «¡Si tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo!». Encima de él había un cartel con la inscripción: «Este es el rey de los judíos». (Lc 23,33-38)

Somos una madre y dos hijos. Desde hace más de siete años somos una silla con tres patas en lugar de cuatro: hermosísima y valiosa, aunque un poquito inestable. Bajo la cruz, cada familia, incluso la más imperfecta, la más dolorida, la más extraña, la más carente, encuentra su sentido profundo. También la nuestra. Hemos experimentado, no sin lágrimas y dolor, que Jesús, en ese abrazo de maderos clavados, nos mira y no nos deja nunca solos. No sólo nos encomienda a un amor genérico del creador respecto a sus criaturas, sino que nos confía a un amigo, a una madre, a un hijo, a un hermano. A una Iglesia que, con todos sus defectos, nos tiende la mano y, aunque pueda parecer imposible, a veces sostiene el peso por nosotros, permitiéndonos de vez en cuando recuperar el aliento. El amor se multiplica porque es gratuito, aun cuando tengo la tentación de querer saber porqué, si “ha salvado a otros, si es el Cristo de Dios, su elegido”, no ha podido salvar también a mi marido. Pero la herida de Uno en la cruz es herencia, vínculo y relación al mismo tiempo. El Amor se hace real, porque, en nuestro abismo y en nuestras dificultades, no somos abandonados.

Señor Jesús,
que con los brazos abiertos en cruz abrazas a quien está solo y abandonado,
te suplicamos que concedas a las familias que sufren la pérdida de sus padres sentirte presente en su dolor,
y a todos nosotros saber llorar con el que llora.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

XI ESTACIÓN

Jesús promete el Reino al buen ladrón

Quando llegaron al lugar llamado «La Calavera», crucificaron a Jesús y a los dos malhechores, uno a su derecha y otro a su izquierda. Uno de los malhechores le dijo: «¡Jesús, acuérdate de mí cuando entres en tu Reino!». Jesús le respondió: «Yo te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso». (Lc 23,33-42-43)

Recién ahora sonreímos recordando todas las expectativas que habíamos puesto en nuestro hijo. Lo criamos para que fuera feliz, para que se realizara, para que siguiera las huellas del abuelo. Sí, tal vez hubiéramos querido para él una vida diferente. Una familia, un trabajo, unos hijos, unos nietos. En resumen, la “normalidad”. Ya habíamos vivido su vida en su lugar. Y, en cambio, llegaste Tú y trastocaste todo. Destruiste nuestros sueños por algo más grande. Hiciste que su vida no siguiera la lógica del “siempre se hizo así” y lo llamaste para que estuviera contigo. Pero, ¿cómo? ¿Por qué precisamente él? ¿Por qué justo nuestro hijo? Al principio no lo tomamos bien, lo combatimos, lo abandonamos. Creímos que nuestra frialdad lo habría hecho volver sobre sus pasos. Como dos malhechores, intentamos sembrar en su cabeza la duda de que se estuviera equivocando totalmente. Pero comprendimos que no se puede luchar contra Ti. Nosotros somos un vaso y Tú eres el mar. Nosotros somos una chispa y Tú eres el fuego. Y entonces, como el buen ladrón, también nosotros te pedimos que te acuerdes de nosotros cuando entres en tu Reino.

Señor Jesús,
que nos has revelado los misterios de tu Rei-

Las cruces de las familias

VIENE DE LA PÁGINA 5

no, donde el más grande es aquel que sirve, te suplicamos que guíes a los padres para que acompañen la vocación de sus hijos y a nosotros concédenos ser fieles discípulos tuyos. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

XII ESTACIÓN

Jesús entrega la Madre al discípulo amado

Junto a la cruz de Jesús estaba su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Cuando Jesús vio a su madre y a su lado al discípulo a quien amaba, dijo a su madre: «¡Mujer, ahí tienes a tu hijo!». Luego dijo al discípulo: «¡Ahí tienes a tu madre!». Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa. (Jn 19,25-27)

En casa éramos cinco: nuestros tres hijos, mi marido y yo. Hace cinco años la vida se complicó. Un diagnóstico difícil de aceptar, una enfermedad oncológica escrita a cada momento en el rostro de la hija más pequeña.

Una enfermedad que, aunque nunca apagó su sonrisa, hizo que el rechinar de la injusticia que vivíamos fuera aún más doloroso. A pesar de las "burlas" con las que el dolor parecía que ya nos había envuelto, después de sólo seis años de matrimonio mi marido nos dejó por una muerte imprevista, poniéndonos en un camino de soledad desgarrador, durante el cual acompañamos a la pequeña de casa a su último adiós.

Ya pasaron cinco años desde el comienzo de esta aventura que no hemos comprendido en absoluto racionalmente, pero la certeza es que el Señor siempre ha estado en esta gran cruz y lo sigue estando todavía hoy. "Dios no llama a los capacitados, sino que capacita a los que llama": esto nos dijo un día una religiosa, y estas palabras nos han cambiado la perspectiva de vida de los últimos años.

La mentira más grande con la que hemos combatido es la de ya no ser una familia.

No conozco otro modo para responder a mi corazón y a mi dolor en la carne, sino confiándome al Señor que vive este tramo de vida terrena conmigo.

Muchas veces, en las sesiones de quimioterapia de mi hija, me sentí como María al pie de la cruz; y es esa experiencia la que hoy me hace sentir —aunque sólo sea por un poquito— madre de mi Señor.

Señor Jesús, que antes de expirar quisiste entregarnos a tu Madre y confiarnos a sus cuidados, te suplicamos que concedas a las familias marcadas por la muerte de un hijo custodiar la gracia recibida con el don de su vida y a todos nosotros, consolados por el Espíritu, aceptar tu última voluntad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

XIII ESTACIÓN

Jesús muere en la cruz

A las tres de la tarde, Jesús gritó con fuerza: «¡Eloí, Eloí!, ¿lemá sabajtaní?», que significa: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?». Uno de ellos fue corriendo a empapar una esponja en vinagre y, sujetándola en una caña, le daba de beber diciendo: «¡Déjenlo! A ver si viene Elías a descolgarlo». Entonces Jesús, lanzando un fuerte grito, expiró. (Mc 15:34-36-37)

La muerte está en torno y la vida parece perder valor. Todo cambia en pocos segundos. La existencia, los días, la despreocupación de la nieve en invierno, ir a buscar a los niños a la escuela, el trabajo, los abrazos, las amistades, todo.

Todo pierde improvisamente valor. Señor, ¿dónde estás? ¿Dónde te escondiste? Queremos la vida de antes. ¿Por qué todo esto? ¿Qué culpa cometimos? ¿Por qué nos has abandonado? ¿Por qué nos has abandonado a nuestros pueblos? ¿Por qué has dividido de este modo a nuestras familias? ¿Por qué ya no tenemos ganas de soñar ni de vivir? ¿Por qué nuestras tierras se han vuelto tenebrosas como el Gólgota? Se nos acabaron las lágrimas.

La rabia ha cedido a la resignación. Sabemos que Tú nos amas, Señor, pero no percibimos este amor, lo que nos hace enloquecer.

Nos despertamos en la mañana y por algunos segundos somos felices, pero luego nos acordamos inmediatamente de que será difícil reconciliarnos. Señor, ¿dónde estás? Háblanos desde el silencio de la muerte y de la división, y enséñanos a reconciliarnos, a ser hermanos y hermanas, a reconstruir lo que las bombas habrían querido aniquilar.

Señor Jesús, que de tu costado traspasado hiciste brotar la reconciliación para todos, te suplicamos que concedas a las familias destruidas por lágrimas y sangre crear en la fuerza del perdón y a todos nosotros construir paz y concordia.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

XIV ESTACIÓN

El cuerpo de Jesús es puesto en el sepulcro

José tomó el cuerpo de Jesús, lo envolvió en una sábana limpia y lo puso en el sepulcro nuevo que él había excavado en la roca. Después hizo rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro y se fue. María Magdalena y la otra María se quedaron allí, sentadas delante del sepulcro. (Mt 27:59-61)

Ya estamos aquí. Hemos muerto a nuestro pasado. Hubiéramos querido vivir en nuestra tierra, pero la guerra nos lo ha impedido.

Es difícil para una familia tener que elegir entre sus sue-

ños y la libertad.

Entre los anhelos y la supervivencia. Estamos aquí después de viajes en los que hemos visto morir mujeres y niños, amigos, hermanos y hermanas. Estamos aquí, supervivientes. Nosotros, que en nuestra casa éramos importantes, aquí somos percibidos como una carga, como números, categorías, simplificaciones. Sin embargo, somos mucho más que inmigrantes. Somos personas.

Hemos viajado hasta aquí por nuestros hijos. Morimos cada día por ellos, para que puedan tener una vida normal, sin bombas, sin sangre, sin persecuciones.

Somos católicos, pero también esto a veces parece que pasa a un segundo plano respecto al hecho de que somos migrantes. Si no nos resignamos es porque sabemos que la enorme piedra sobre la puerta

del sepulcro un día será removida.

Señor Jesús, que descendiste a los infiernos para liberar a Adán y Eva con sus hijos de la antigua esclavitud, te suplicamos por las familias de los migrantes, sácalos del aislamiento que destruye y a todos nosotros concédenos reconocerte en cada persona como nuestro amado hermano y hermana.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

ORACIÓN FINAL

Padre misericordioso, que haces salir el sol sobre buenos y malos, no abandones la obra de tus manos, por la que no dudaste en entregar a tu único Hijo,

que nació de la Virgen, fue crucificado bajo Poncio Pilato, murió y fue sepultado en las entrañas de la tierra, resucitó de entre los muertos al tercer día, se apareció a María Magdalena, a Pedro, a los demás apóstoles y discípulos, y siempre está vivo en la santa Iglesia, que es su Cuerpo viviente en el mundo.

Mantén encendida en nuestras familias la lámpara del Evangelio, que ilumina alegrías y dolores, cansancios y esperanzas; que cada casa refleje el rostro de la Iglesia, cuya ley suprema es el amor. Por la efusión de tu Espíritu, ayúdanos a despojarnos del hombre viejo, corrompido por pasiones engañosas, y revístenos del hombre nue-

vo, creado según la justicia y la santidad.

Tómanos de la mano, como un Padre, para que no nos alejemos de Ti; convierte nuestros corazones rebeldes a tu corazón, para que aprendamos a seguir proyectos de paz; haz que los adversarios se den la mano, para que gusten del perdón recíproco; desarma la mano alzada del hermano contra el hermano, para que donde haya odio florezca la concordia.

Haz que no nos comportemos como enemigos de la cruz de Cristo, para que participemos en la gloria de su resurrección.

Él, que vive y reina contigo, en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.

Todos hijos todos hermanos

ANDREA MONDA

La familia. La Semana Santa este año pone en el centro este "objeto" que se ha convertido ya en algo misterioso. Las meditaciones que comentan las catorce estaciones del rito del Vía Crucis que se celebra este viernes en el Coliseo en presencia del Santo Padre han sido escritas por diferentes familias (y familias diferentes). Son las voces que componen este mosaico (pero el cuadro no es exhaustivo, no podría serlo) y encontramos en estas palabras muchos matices de la gama de las emociones y de los sentimientos humanos, del grito de dolor a la expresión de la alegría, del miedo a la confianza, de la gratitud a la angustia. Son voces que se alzan por ser tocadas, provocadas, por la escena de la pasión de Cristo: el Hijo del hombre que, joven e inocente, muere de forma atroz y parece abandonado por Dios pero no por la madre que está allí, bajo la cruz, silenciosa, orante, muriente junto a Él.

El hecho es que cada ser humano, también si está solo, ya es familia. En él viven sus padres, sus abuelos, y su vida está sostenida por el afecto, de la mirada de amor que otros le dirigen. Este apoyo, esta fuerza puede ser cerrada, excluida, la relación se puede romper, también a causa del orgullo. El marido que habla meditando en la séptima estación, un marido que vive la condición de tener una mujer gravemente enferma, nos recuerda que: «Estar bloqueados, inmovilizados por un pensamiento punzante, me obliga sobre todo a mí, que era tan obstinadamente orgulloso, a descubrir qué maravilloso don son las otras familias». El orgullo puede cerrarnos en nosotros mismos, así como el miedo. Los jóvenes esposos que comentan la primera estación están felices de ser familia, «aun así, muchas veces tenemos miedo [...]». Cuando nos sentimos solos porque no nos entendemos. Cuando llegamos con dificultad a fin de mes. Cuando nos encontramos bajo un mismo techo como dos extraños. Cuando nos despertamos de noche y sentimos en el corazón el peso y la angustia de nuestra "orfandad". Porque nos olvidamos que somos hijos. Porque creemos que nuestro matrimonio y nuestra familia dependen sólo de nosotros, de nuestras fuerzas. Nos estamos dando cuenta de que el matrimonio no es sólo



una aventura romántica, sino que también es un Getsemaní, es experimentar la angustia antes de partir tu propio cuerpo por el otro». El ser hijos, que es la condición universal que une a todo ser humano, puede ser olvidada. Y sin embargo no sólo todo hombre es ya una familia, incluso solo, sino que también es cierto que todos los hombres forman la gran familia humana. Todos somos hijos, todos somos hermanos. Y también esto a menudo terminamos por olvidarlo. Los padres que meditan sobre la sexta estación, administradores de una casa familia, dicen que no merecen «que la vida nos bendiga tanto. Para el que cree que no es humano dejar solo al que sufre, el Espíritu Santo mueve en el interior la voluntad de actuar y de no permanecer indiferentes, ajenos. El dolor nos ha cambiado. El dolor nos hace volver a lo esencial, ordena las prioridades de la vida y devuelve la sencillez de la dignidad humana en cuanto tal. En la "vía dolorosa" de tantos flagelados y crucificados, junto a ellos, bajo el peso de sus cruces, descubrimos que el verdadero rey es aquel que se entrega y se da como alimento, en alma y cuerpo».

Hijos todos, hermanos todos. Las dos últimas meditaciones desde este punto de vista suenan como dos bofetadas que sacuden y queman; la primera proviene de dos familias, una rusa y una ucraniana y juntas confían su extravío: «Sabemos que Tú nos amas, Señor, pero no percibimos este amor, lo que nos hace enloquecer. Nos despertamos en la mañana y por algunos segundos somos felices, pero luego nos acordamos inmediatamente de

que será difícil reconciliarnos. Señor, ¿dónde estás? Háblanos desde el silencio de la muerte y de la división, y enséñanos a reconciliarnos, a ser hermanos y hermanas, a reconstruir lo que las bombas habrían querido aniquilar». La segunda llega del dramático mundo de las migraciones y nos recuerda otra cosa que tendemos a olvidar, quitar: «Nosotros, que en nuestra casa éramos importantes, aquí somos percibidos como una carga, como números, categorías, simplificaciones. Sin embargo, somos mucho más que inmigrantes. Somos personas. Hemos viajado hasta aquí por nuestros hijos. Morimos cada día por ellos, para que puedan tener una vida normal, sin bombas, sin sangre, sin persecuciones».

Vivimos y morimos por nuestros hijos, por nuestro futuro, hay algo que nos une, entre nosotros contemporáneos en el espacio y entre nosotros y quien nos ha precedido y vendrá después de nosotros, en el tiempo. Para los cristianos, que creen en el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, hay un punto, un momento que unifica toda la humanidad de todo tiempo; es el evento pascual. El escándalo abismal de la cruz y esto uno y todos, que une los dos brazos de la cruz, el vertical hacia Dios y el horizontal, hacia los otros. Lo dice eficazmente el grito de los padres que han perdido una hija, y meditando sobre Jesús muerto en la cruz, afirman que «la herida de Uno en la cruz es herencia, vínculo y relación al mismo tiempo. El Amor se hace real, porque, en nuestro abismo y en nuestras dificultades, no somos abandonados».

Diálogo en la Biblioteca Vaticana

Las relaciones humanas son la victoria más importante

El 29 de marzo, en el sugestivo marco del Vestíbulo de la Biblioteca Vaticana, tuvo lugar un diálogo entre el cardenal José Tolentino de Mendonça, archivero y bibliotecario de la Santa Iglesia Romana, y el entrenador del club de fútbol AS Roma, José Mourinho. Promovido por nuestro periódico, el encuentro sin precedentes entre las dos personalidades portuguesas abarcó diversos temas, desde el valor de la educación y el deporte hasta la importancia decisiva de las relaciones humanas en todos los contextos de la vida. También hablaron de la dramática situación de la guerra en Ucrania. La conversación, que tuvo lugar en su lengua materna, se vio facilitada por el vínculo de ambos con el filósofo portugués Manuel Sérgio, hoy nonagenario. El siguiente texto es una transcripción casi completa de la conversación, traducida por Claudio Bisceglia, que estuvo presente en la reunión.



CARDENAL TOLENTINO - Me gustaría comenzar esta conversación con usted, José Mourinho, y para mí es una gran felicidad este encuentro en la Biblioteca, recordando, curiosamente, a un profesor común. Portugal es un país curioso, porque uno de nuestros pensadores más originales es un pensador en el campo del deporte, de la motricidad humana, y escribe regularmente no en una revista filosófica, sino en un periódico deportivo, "A Bola". Quisiera recordar con usted al profesor Manuel Sérgio, que sé que también es una persona muy importante en su trayectoria. Es suya la nueva idea, el esfuerzo por crear una nueva epistemología para la motricidad humana. Dice que es necesario abandonar el cartesianismo que divide al hombre entre razón y corazón, interioridad y alma, y que es necesario mirar a la persona humana de una manera más compleja, más unitaria. Y uno de los conceptos que elabora, entre otros, es el de periodización antropológica y técnica. El deporte, el fútbol, no es sólo técnica. Él dice: No hay tiros, hay personas que tiran; no hay saltos, hay personas que saltan; no hay goles, hay personas que marcan gol...

JOSÉ MOURINHO - No hay jugadores...

TOLENTINO - Exactamente, hay personas que juegan. Me gustaría hablar un poco de eso y de la importancia que ha tenido en su trayectoria.

MOURINHO - Empezó casi como una lucha, porque llegué a la universidad, a la Facultad de Educación Física y Deporte, ya plenamente consciente de lo que quería para mí: el entrenamiento y el alto rendimiento. Con todo el afán de aprender lo que me interesaba, la primera asignatura que tuve el primer día de universidad fue "filosofía de las actividades corporales" - así se llamaba la asignatura - con el profesor Manuel Sérgio. Y salgo de la primera conferencia y me pregunto: ¿Con qué fin? Él entendió en poco tiempo que yo necesitaba ayuda, que necesitaba orientación. Y de hecho me lo dijo de forma muy concreta y directa: quien sólo entiende de fútbol, no entiende nada de fútbol. Es una relación que no ha terminado, es una relación que aún continúa...

TOLENTINO - Una amistad...

MOURINHO - No solamente una amistad, es un proceso de aprendizaje permanente, y uno de los mayores desafíos que no-

sotros como entrenadores, líderes de hombres, llamémosles como queramos, tenemos hoy en día es cómo ser líderes, cómo sacar lo máximo de ellos, porque, vale, el objetivo es el alto rendimiento deportivo, pero cómo sacar lo máximo de esos atletas, que no son atletas sino hombres para Manuel Sérgio. Me ha influido mucho en el sentido de que cada persona es diferente de la otra, en este caso cada futbolista es diferente del otro, y la expresión de cada uno de ellos en el campo en términos de rendimiento es básicamente la consecuencia de una empatía que se crea entre dos hombres: en este caso, entre un hombre mucho más maduro (el entrenador) y los futbolistas. Este tipo de empatía para mí es fundamental. Siempre uso el ejemplo de cuando salí de la universidad. Antes de entrar en el fútbol de alto rendimiento, era profesor. Obviamente ya tenía claro mi objetivo final, pero fue un proceso gradual, y hubo un año en el que me pusieron a trabajar con niños con problemas motrices, con trastornos psicoemocionales, y no estaba preparado, no estaba preparado desde el punto de vista técnico. En la universidad teníamos diferentes áreas de especialización, y la mía era el alto rendimiento, así que no estaba preparado. Sin embargo, pude trabajar bien basándome en algo extremadamente sencillo: el amor, la empatía, las relaciones humanas. Y logré resultados inimitables para mí, que me consideraba muy poco preparado desde el punto de vista técnico para trabajar con esos niños. Conseguí resultados fantásticos basados únicamente en las relaciones humanas. He trasladado este bagaje de experiencias a mi trabajo durante los últimos 20 años, en el deporte al más alto nivel. Siempre he tenido eso como un principio básico. No digo que siempre lo haya conseguido, a veces no he sido capaz.

TOLENTINO - Lo que dice sobre el fracaso es muy interesante. Entre líneas usted dice: "No siempre lo he conseguido". Y de hecho el conocimiento humano, el conocimiento que tenemos del otro, es un conocimiento que madura en la medida en que nos posicionamos, y si nos posicionamos sin partir de una certeza absoluta, nos ponemos en juego, y muchas veces el "fracaso", el no conseguirlo, es una etapa fundamental para poder crecer en el conocimiento del otro. En cierto modo, nuestros fracasos, nuestras desilusiones, nuestra conciencia de la imperfección, nos ayudan a crear esa empatía con los demás, porque nos ponemos en su lugar y ve-

mos las cosas con otra profundidad, para ser gestores del conocimiento.

MOURINHO - Las buenas experiencias, las no tan buenas, no tienen precio. A veces pienso que lo único que no me gusta realmente de envejecer es que tengo un poco de dolor aquí, un poco de dolor allá, que me despierto un poco más cansado, y eso es lo único que realmente no me gusta de mis 59 años, pero si tengo que compararme como persona, como entrenador, que son dos cosas diferentes, pues si tengo que compararme con 20 años atrás... lamento mucho que hace 20 años no tuviera las experiencias, buenas y no tan buenas, y los conocimientos que tengo hoy.

TOLENTINO - Para un entrenador es muy importante este conocimiento de lo humano...

MOURINHO - Absolutamente. A nivel técnico, entramos en una situación casi de *déjà-vu*, porque lo que me pasa hoy ya me pasó hace años. Las dificultades técnicas de hoy ya las experimenté hace años. Una acumulación de experiencias buenas y menos buenas... Pero a nivel humano, cada día es un nuevo día, y cada persona es una nueva persona... Siempre me niego a hacer comparaciones entre jugadores. En los últimos 20 años he tenido muchos, y cada uno es único, a nivel técnico podemos encontrar puntos de comparación, pero hacer comparaciones entre personas es algo que odio hacer. Cada persona es diferente, y mi forma de tratarla también es diferente, porque una cosa es ser un entrenador de 35 años con jugadores de 30 años, y otra cosa es ser un entrenador de 59 años con jugadores de 25 años. Cuando eres joven, al principio de tu carrera, crees que lo sabes todo. Y cuando veo a la generación más joven de hoy con este tipo de pensamiento, no lo critico... Yo pasé por eso, la madurez es algo fundamental. Por otro lado, el deporte de alto rendimiento conoce momentos de auténtica crueldad.

TOLENTINO - ¿Por ejemplo?

MOURINHO - Nos pagan por ganar. A los atletas, no a los hombres, se les paga por ganar. Estamos hablando de alto rendimiento, y a veces hay decisiones en la gestión de un equipo que tienen algo de cruel: no hay tiempo para dejarlos madurar, para dejarlos crecer...

TOLENTINO - La dictadura de los plazos ajustados...

MOURINHO - Los errores se pagan. Si cometo un error, lo pago con el despido. Si un jugador comete un error, lo pago no jugando en beneficio de otro. Hay algo cruel en ello, pero no

podemos dejar que la naturaleza de nuestro trabajo se superponga a lo que somos como personas. Lo tengo muy claro. Intento ayudar a los demás y a mí mismo a ser mejores. Una cosa que me cuesta aceptar es el desperdicio de talento, es algo que todavía después de 30 años de fútbol, me cuesta aceptar. Sin embargo, a veces el desperdicio de talento está ligado a la trayectoria vital que han tenido algunos jugadores, y en ese sentido tenemos que intentar ser pedagogos hasta el fondo. El deporte de alto rendimiento, especialmente en el fútbol, que es el deporte más industrializado a todos los niveles, tiene algo de cruel.

TOLENTINO - Pero esto es importante: no dejar de ayudar a todos a nacer, a descubrir, a madurar, a desarrollar sus talentos. Una de las parábolas de Jesús trata precisamente del tema de los talentos: esta necesidad por parte de cada uno de nosotros de no enterrar nuestros talentos, sino de madurar nuestra vocación. Cada uno de nosotros nace con una gran cantidad de aptitudes y habilidades y puede transformar su vida.

MOURINHO - Percibo mi evolución como persona pensando en que durante muchos años quería ganar para mí, mientras que ahora estoy en un momento en el que sigo queriendo ganar con la misma intensidad que antes o incluso mayor, pero ya no para mí, sino para los jugadores que nunca han ganado, quiero ayudarles... Pienso mucho más en el aficionado de a pie que sonríe porque su equipo ha ganado, en que su semana es mejor porque su equipo ha ganado. Sigo siendo un "animal de competición", por así decirlo, sigo queriendo ganar tanto o más que antes, pero antes me centraba en mí mismo...

TOLENTINO - Ahora, en cambio, prevalece la importancia de dar alegría a los demás. Lo mismo estoy experimentando un poco desde que el Santo Padre me confió una misión muy hermosa: ayudar a gestionar la Biblioteca, que es un espejo de la historia de la humanidad, de la memoria, de la cultura. Pero encuentro que su trabajo, José Mourinho, el juego, es algo muy rico humanamente. Roger Caillois, en su ensayo sobre el juego y lo humano, dice que el juego es una especie de espejo de todo lo humano, y que, de hecho, observando la dimensión lúdica que expresa el deporte, tocamos algo fundamental en lo humano. La gente, por ejemplo, el aficionado común, cuando va al estadio, no va sólo a olvidar, a celebrar, no busca sólo un poco de alegría, sino que de alguna manera hay una ambición de tocar algo, de ir más allá, de comprender el misterio de la vida, su sentido. No sé si eso para usted tiene sentido...

MOURINHO - Lo tiene. Lo siento. En el camino a un partido, me refiero a la salida del hotel, la bajada del autobús, la llegada al estadio, el paseo al vestuario, el paseo del vestuario al campo antes del comienzo del partido, hay mucha espiritualidad en todo esto, nunca es una rutina, aunque juegues decenas de veces en el mismo estadio, y siempre hagas el mismo recorrido, es un momento que tiene algo que no se ve, pero que se siente mu-

cho. Creo que es de una belleza enorme y pienso que el día que deje de entrenar, que espero que no sea pronto, será quizás lo que más echaré de menos: sentir esta dimensión que me lleva por direcciones que nunca he compartido con nadie, y que hoy quizás comparto por primera vez. Caminando hacia el partido y hablando con Él...

TOLENTINO - Hablar con Dios...

MOURINHO - Hablo con él y siempre acabo diciendo: mi familia es más importante que esto. Échame una mano si tienes tiempo... Pero si la elección tiene que ser entre este partido y el bienestar de la gente que quiere, no te lo pienses dos veces...

TOLENTINO - Al fin de cuenta, es un gran partido entre este juego y el gran juego de la vida, ¿no es así?

MOURINHO - Exactamente... hace un par de meses alcancé el hito de los 1.000 banquillos como entrenador aquí en Roma. Ahora estamos mucho más allá de esa cifra. No hay diferencia entre el último partido y el primero. Esta parte de mí, que es mía, me hace sentir algo que nunca es lo mismo. Me estoy abriendo a usted, y en consecuencia al mundo, pero es algo muy íntimo. Sin duda, el fútbol no es, como la gente piensa, mi vida, es sólo una parte importante de mi vida, pero hay otra parte que es mucho más importante que el fútbol. Con la mayor humildad, pero al mismo tiempo queriendo mantener una relación íntima con Él, me gusta mantener una relación casi de amistad, donde casi nos llamamos de Tú.

TOLENTINO - Una de las cosas que dice Manuel Sérgio, y creo que también es un legado suyo, es que no cree en la palabra superación. A veces escuchamos a los deportistas decir: es una escuela de superación, aprendes a superar tus límites, tus miedos, a ir más allá. Todo esto es cierto, pero dice que la palabra superación es inadecuada. La palabra correcta es trascendencia, que es una palabra mucho más amplia, que sin duda tiene que ver con la superación, es la salida de nosotros mismos, en un movimiento intencional de trabajo, de proyección, de confianza, pero al mismo tiempo es una apertura al misterio, a la plenitud, a lo divino, a lo que puede dar sentido al hombre, y no es casualidad que en los últimos años el profesor Manuel Sérgio haya terminado todas sus entrevistas diciendo que lo que más necesitamos es Dios. Esto es algo que me conmueve en mi relación con él, y cada vez que tengo la oportunidad de escucharlo. ¿Cree que esta relación entre superación y trascendencia es también relevante para su visión?

MOURINHO - Es un tema del que, de forma más abstracta, en ciertas ocasiones, hablo con los futbolistas. Obviamente no entro en el campo de la religión, también porque tengo delante de mí 25 hombres con tradiciones diferentes, credos diferentes, pero yo lo llamo el signo +, el que puede hacer la diferencia, un convencimiento común, al que cada uno dirá sí, el libre albedrío, si cree en eso que se quiere, si cree más o menos en lo divino, pero el plus viene siempre un poco de esa zona que no se toca, pero se siente, es abs-

tracto. Considero, por ejemplo, que para la preparación de una competición de altísimo nivel, que conlleva presión, responsabilidad, donde hay que superar o trascender, es necesario poner algo más de lo que hemos entrenado, de lo que nos hemos preparado, a este algo más considerado que esté muy unida la espiritualidad, lo que fundamentalmente alimenta ese signo +. Ese algo más puede ser también pensar todos juntos en las personas que desean con fuerza que hoy ganemos. Y quiénes son estas personas: los que amamos, los que nos aman, los que aman el club y sus símbolos. Pienso que en los momentos claves debes excavar en lo más profundo de ti y no aferrarse exclusivamente a la preparación. No basta el aspecto táctico, técnico, físico, mental, hace falta algo más, y cuando el profesor Manuel Sérgio hace esta distinción entre superación y trascendencia, incluso sin estar dentro de la que es la operatividad que lleva a un partido, es a esto que hace referencia... Es una persona sabia, con un amplísimo conocimiento, y nos ha enseñado mucho dejando una señal.

TOLENTINO - Podemos hablar, si me permite, de este signo + en su vida, de esta su historia: sé que cuando trabajaba en Leiria tenía una relación especial con Fátima, era un punto de referencia, y aquí en Roma pasando desde San Pedro hacia el trabajo, tiene aquí este espacio, porque es un espacio simbólico, no es solamente un espacio geográfico, es un espacio investido de un sentido de una presencia, sé que pasar por San Pedro hoy es para usted siempre algo especial. ¿Quiere hablar un poco de su relación con Dios, de su camino espiritual, cómo se traduce en concreto?

MOURINHO - Mi relación con Dios se traduce en el amor que tengo por mis seres queridos. Creo que Él no se enfada por el hecho de que dirija mi amor por Él en esta dirección. Mi familia, mis amigos, los que amo, los que me aman, los que están todavía con nosotros y los que nos han dejado, es así que logro traducir en práctica mi amor por Dios. Ser solidario también con personas que no conozco, en el sentido de preocuparme, de tratar de ayudar de una forma o de otra...

TOLENTINO - La Biblia dice esto en la Carta de Santiago: no podemos decir que amamos a Dios invisible si no amamos a los que vemos...

MOURINHO - Es exactamente eso lo que pienso. Si usted me pregunta si Fátima para mí es especial, la respuesta es sí. Fátima es silenciosa, desierta, donde establecer una relación íntima... siendo una persona más o menos conocida, las personas se me acercan, obviamente animados por las mejores intenciones, pero lamentablemente terminan por perturbar un momento que quisiera que fuera para mí mismo. Por este motivo soy una persona que visita Fátima de noche. También en Roma visito a menudo San Pedro de noche, la mascarilla ayuda, la oscuridad de la noche también...

TOLENTINO - Qué siente en esos momentos en los que hay silencio...

MOURINHO - Estoy en silencio,

En Semana Santa el Pontífice reitera que la paz de Jesús no domina a los demás y nunca es armada Todo conflicto es una traición blasfema al Señor de la Pascua

La paz de Pascua: este es el tema de la catequesis propuesta por el Papa Francisco «en el centro de la Semana Santa» a los fieles presentes en el Aula Pablo VI la mañana del 13 de abril, para la audiencia general del miércoles. Publicamos a continuación el texto de la reflexión del Pontífice.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Estamos en el centro de la Semana Santa, que va desde el Domingo de Ramos al Domingo de Pascua. Ambos domingos se caracterizan por la fiesta que se hace en torno a Jesús. Pero son dos fiestas diferentes. El domingo pasado vimos a Cristo entrar solemnemente en Jerusalén, como una fiesta, acogido como Mesías: y por Él se extienden mantos a lo largo del camino (cfr. *Lc 19,36*) y ramos cortados de los árboles (cfr. *Mt 21,8*). La multitud exultante bendice a grandes voces al «Rey que viene», y aclama: «Paz en el cielo y gloria en las alturas» (*Lc 19,38*). Esa gente celebra porque ve en el ingreso de Jesús la llegada de un nuevo rey, que traerá



paz y gloria. Esta era la paz esperada por esa gente: una paz gloriosa, fruto de una intervención real, la de un mesías poderoso que liberaría Jerusalén de la ocupación de los romanos. Otros, probablemente, soñaban el restablecimiento de una paz social y veían en Jesús el rey ideal, que daría de comer a la multitud con el pan, como ya había hecho, y realizaría grandes milagros, trayendo así más justicia al mundo. Pero Jesús nunca habla de es-

to. Tiene delante de sí una Pascua diferente, no una Pascua triunfal. Lo único que le preocupa para preparar su ingreso en Jerusalén es ir sobre «un pollino atado, sobre el que no ha montado todavía ningún hombre» (v. 30). Es así como Cristo trae la paz al mundo: a través de la mansedumbre y la docilidad, representadas en ese pollino atado, sobre el que no había montado nadie. Nadie, porque la forma de hacer de Dios es diferente a la del mun-

do. Jesús, de hecho, justo antes de Pascua, explica a los discípulos: «Os dejo la paz, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo» (*Jn 14,27*). Son dos modalidades diferentes: una forma como el mundo nos da la paz y una forma como Dios nos da la paz. Son diferentes. La paz que Jesús nos da en Pascua no es la paz que sigue las estrategias del mundo, que cree obtenerla por la fuerza, con las conquistas y con varias formas de imposición. Esta paz, en realidad, es solo un intervalo entre las guerras: lo sabemos bien. La paz del Señor sigue el camino de la mansedumbre y de la cruz: es hacerse cargo de los otros. Cristo, de hecho, ha tomado sobre sí nuestro mal, nuestro pecado y nuestra muerte. Ha tomado consigo todo esto. Así nos ha liberado. Él ha pagado por nosotros. Su paz no es fruto de algún acuerdo, sino que nace del don de sí. Esta paz mansa y valiente, sin embargo, es difícil de acoger. De hecho, la multitud que alababa a Jesús es la misma que unos días después

grita «Crucifícale» y, asustada y desilusionada, no mueve un dedo por Él. En este sentido, siempre resulta actual un gran relato de Dostoievski, la llamada Leyenda del Gran Inquisidor. Narra que Jesús, después de varios siglos, vuelve a la Tierra. En seguida es acogido por la multitud alegre, que lo reconoce y lo aclama. «¡Ah, has vuelto! ¡Ven, ven con nosotros!». Pero después es arrestado por el Inquisidor, que representa la lógica mundana. Este lo interroga y lo critica ferozmente. El motivo final del reproche es que Cristo, aun pudiendo, nunca quiso convertirse en César, el rey más grande de este mundo, prefiriendo dejar libre al hombre en vez de someterlo y resolver los problemas con la fuerza. Habría podido establecer la paz en el mundo, doblegando el corazón libre pero precario del hombre en virtud de un poder superior, pero no quiso: respetó nuestra libertad. «Si hubieses aceptado —dice el Inquisidor a Jesús—, la púrpura de César, habrías fundado el

imperio universal y dado la paz al mundo» (*Los hermanos Karamazov*, Milán 2012, 345); y con sentencia cortante concluye: «Pues nadie ha merecido más que Tu la hoguera» (348). Este es el engaño que se repite en la historia, la tentación de una paz falsa, basada en el poder, que después conduce al odio y a la traición de Dios y a tanta amargura en el alma. Al final, según este relato, el Inquisidor quería que Jesús «le dijera algo, quizá también algo amargo, terrible». Pero Cristo reacciona con un gesto dulce y concreto: «se le acerca en silencio, y lo besa dulcemente en los viejos labios ensangrentados» (352). La paz de Jesús no domina a los demás, nunca es una paz armada: ¡nunca! Las armas del Evangelio son la oración, la ternura, el perdón y el amor gratuito al prójimo, el amor a todo prójimo. Es así que se lleva la paz de Dios al mundo. Por esto la agresión armada de estos días, como toda guerra, representa un ultraje a Dios, una traición blasfema al Señor de la Pascua, un preferir el falso dios de este mundo a su rostro manso. La guerra siempre es una acción humana para llevar a la idolatría del poder.

Jesús, antes de su última Pascua, dijo a los suyos: «No se turbe vuestro corazón ni se acobarde» (*Jn 14,27*). Sí, porque mientras el poder mundano deja solo destrucción y muerte —lo hemos visto en estos días—, su paz edifica la historia, a partir del corazón de cada hombre que la acoge. Pascua es entonces la verdadera fiesta de Dios y del hombre, porque la paz, que Cristo ha conquistado sobre la cruz con el don de sí mismo, nos ha sido dada a nosotros. Por eso el Resucitado, el día de Pascua, se aparece a los discípulos y ¿cómo les saluda?: «La paz con vosotros» (*Jn 20,19,21*). Este es el saludo de Cristo vencedor, de Cristo resucitado.

Hermanos, hermanas, Pascua significa «paso». Es, sobre todo este año, la ocasión bendecida para pasar del dios mundano al Dios cristiano, de la codicia que llevamos dentro a la caridad que nos hace libres, de la espera de una paz traída con la fuerza al compromiso de testimoniarnos concretamente la paz de Jesús. Hermanos y hermanas, pongámonos delante del Crucificado, fuente de nuestra paz, y pidámosle la paz del corazón y la paz en el mundo.

Al finalizar la catequesis el Pontífice dirigió un saludo a los grupos presentes. La audiencia general concluyó con el canto del «Pater noster» y la bendición apostólica.

Saludo especialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los jóvenes que participan en el Encuentro internacional Univ 2022. En estos días santos acompañamos a Jesús en su Pasión, Muerte y Resurrección. Pidámosle que, así como Pascua significa «paso», también nosotros seamos capaces de «dar pasos» de reconciliación. Y que su paz reine en nuestros corazones y en el mundo entero. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

Las relaciones humanas son la victoria más importante

VIENE DE LA PÁGINA 7

pero converso mucho. Puede ser un poco paradigático, y quizá las personas que me han seguido en mi carrera, me miran y no ven en mí esta persona: el fútbol es la última cosa en la que pienso, la última cosa por la que pido algo. Y es exactamente eso que estaba tratando de decir. Ser un buen padre, o tratar de serlo, porque es difícil de medir, solo los otros podrán decirlo, pero tratar de ser un buen padre, un buen marido, hijo, un buen amigo, este intento es la mayor motivación que una persona pueda tener en la cotidianidad.

TOLENTINO — Le preocupa este momento que vive el mundo, esta guerra en Europa, con sufrimientos y destrucción devastadores después de dos años de pandemia, sentimos que entramos en una especie de túnel de desesperación...

MOURINHO — El Santo Padre Francisco dice que la guerra es un fracaso de la humanidad, de los políticos. Pienso exactamente así, creo que sea un fracaso humano antes incluso que político. Es un fracaso brutal, es la pérdida de los principios y su falta de desarrollo, es la evolución del pensamiento humano hacia la dirección equivocada, lo que es fundamental y lo que lo es menos. Es algo difícil de explicar. Es un fracaso a todos los niveles de la humanidad: es un fracaso nuestro.

TOLENTINO — Como ha dicho el Papa Francisco, todos estamos en la misma barca, y por tanto la salida de esta situación debe ser una humanidad más solidaria, capaz de crear formas de fraternidad, de inclusión, de ayuda recíproca, que permita construir realmente un futuro nuevo, de lo contrario es la lógica del mundo viejo que triunfa, la lógica de la guerra que lamentablemente acompaña la historia de la humanidad desde hace tantos siglos. ¿El Papa es una figura inspiradora para usted?

MOURINHO — Lo es. Es fuente de inspiración para mí porque puedo mirarle y, sin haber tenido el honor de conocerle, le escucho y no me canso de escucharle. Le escucho y me veo en su sencillez. Veo el Ángelus del domingo en la televisión y pienso que si lo tuvieran en «mi» igle-

sia en Setúbal, lo escucharía de la misma manera. Este hombre «no es el Papa», es un padre, un párroco de nuestra pequeña parroquia de nuestro pequeño Portugal. Veo esa sencillez, y veo que es capaz de crear simpatía con personas de fe diferentes a la nuestra.

TOLENTINO — Una última consideración sobre la definición de juego. El juego es una experiencia humana, organizada entorno a determinadas reglas. Estas reglas son técnicas, lúdicas, tienen que ver con las modalidades deportivas, pero también son etiquetas. El deporte es también por eso paradigma de las relaciones humanas, la ética de hecho es fundamental para el gran juego que es la vida del mundo, sobre todo como base para el reconocimiento del otro.

MOURINHO — Me parece de una belleza enorme y que da una contribución enor-

me para nuestras generaciones el trabajo que se hace a nivel de juego antes de que se vuelva deporte profesional. A veces sucede que observamos jóvenes no muy talentosos y de forma objetiva se afirma que probablemente no llegarán a los máximos niveles. Sin embargo, la relación que se instaura entre el juego y los más jóvenes es algo que da una contribución absolutamente fantástica. Es toda una cuestión educativa, y en los colegios, en las franjas de edad más bajas, y en el deporte de formación, esto debe ser el eje central del desarrollo, porque los niños que un día no serán deportistas profesionales, serán apasionados del deporte. Y los niños que no estarán en el campo, estarán fuera, y está todo conectado... El niño que crece en un vestuario con amigos, con los que se crean vínculos fuertes en el deporte y en el juego,

crece con otras razas, religiones y cuando sea adulto, esta base estará presente. Un joven italiano que ha crecido con un africano que ha llegado a Italia como refugiado de una de estas situaciones que tenemos por el mundo, ¿creéis que un día en las gradas será agresivo, racista, xenófobo? No lo será. La escuela y el deporte de formación tienen un rol realmente importante.

*Al finalizar el coloquio el cardenal Tolentino mostró a Mourinho un Cancionero del siglo XV - XVI que recoge las «cantigas» medievales (Vat.lat.4803), más de 1200 poesías en lengua galaicoportugués. «Es una emoción muy grande — dijo el Bibliotecario apostólico vaticano — poder reconocer en este libro de hace 500 años, algunas palabras que todavía hoy en portugués siguen siendo fundamentales para nosotros».

El filósofo Manuel Sérgio



La motricidad en el centro de la experiencia del deporte y en general de la vida humana, personal y colectiva. Esta es la razón central del pensamiento de Manuel Sérgio, uno de los pensadores portugueses más interesantes de los últimos decenios. El deporte es entendido como experiencia esencial, en la cual el ser humano descubre el sentido de su existencia y la relacionalidad. Sérgio es licenciado en Filosofía en la Universidad de Lisboa y después se hizo profesor asociado en Motricidad Humana y la Universidad Técnica de Lisboa. Su tesis de doctorado, titulada *Hacia una epistemología de la motricidad humana*, defiende la existencia de una ciencia filosófica de la motricidad, de la que la educación física sería la precencia. Es miembro de la Associação Portuguesa de Escritores y autor y coautor de 37 libros y numerosos artículos en revistas nacionales e internacionales. Entre sus títulos, cabe recordar *Uma Reformulação da Ética e Outros Escritos* (Una reformulación de la ética y otros escritos, 2022), *Para um deporte do futuro* (Por un deporte del futuro, 2017), *Crítica da Razão Desportiva* (Crítica de la razón deportiva, 2012). Es profesor en la Facultad de Motricidad Humana de la Universidad Técnica de Lisboa. Fue profesor ordinario en la Universidad Fernando Pessoa y el Instituto Universitario Maia. Desde 2001 al 2009 fue director del Iseit (Instituto Piaget - Almada). Es miembro fundador de la Sociedad Internacional de Motricidad Humana y de la Sociedad Portuguesa de Motricidad Humana. (Luca M. Possati)